

Username: Jasmin87

Por Ángela Tironi

No hay ninguna novedad en esto que sigue a continuación, pero nunca está de más comentar, en un afán sororo, que los hombres son realmente especímenes indescifrables, vengan de donde vengan, sean de donde sean.

Su primera experiencia sexual la tuvieron con la suelta del barrio, pero ¿con quién babeaban en la escuela? Con la joven de aros de perlas. ¿Con quién aprendieron lo poco que saben de sexo? Con la suelta, ¿con quién se casaron? Con la joven de aros de perlas. Luego pasan los años, vienen los hijos, no salta la liebre. La joven de aros de perlas se siente pecadora, el sexo es para procrear, se persigna, está agobiada por la invisibilidad de su existencia, pero habla maravillas de su vida sexual con sus amigas en el pub. Él, cansado del largo ayuno, a lo ramadán, ¿a quién le manda mensajes libidinosos mientras finge trabajar en su computadora? Adivinan bien, pues a la suelta, a quién más.

La pandemia le da más tiempo a este Joe gringo, cansado del ayuno eterno. El último acto sexual con la mujer madura de aros de perlas ya ni recuerda cuándo fue, casi ni quiere evocarlo. Fue un momento oscuro, indigno, pero del cual jamás hablará, ¿excepto con quién? Sí, con la suelta que acaba de conocer en una app que encontró de cazuela mientras buscaba una para mensajear a sus amigos europeos. A esta mujer, le contó con lujo de detalles la última vez que su malvada esposa le dio la pasada. Cuenta él, sumergido en la vergüenza, que ella le dijo "ya, termina luego, mírame para que se te pare y haz lo que tengas que hacer rápido".

"Un hombre necesitado toma cualquier migaja que le ofrezcan", eso le cuenta a Jasmín, la suelta sudamericana que acaba de conocer en esta app. Esta suelta, tampoco es tan "ofrecida" como él se cree. Sin embargo, ha construido él la idea en su cabeza que su hablar coqueto, sus corazones, sus emojis de besos, los mensajes de voz sensuales le están mandando un claro mensaje de apareamiento. Jasmín, no es menos "aros de perla" que su esposa, en realidad es igual, pero la diferencia se pierde entre la confusión de palabras en lenguas cruzadas y en la penumbra apocalíptica.

Jasmín llegó a Chile en el peor momento para emigrar. Ella, profesora de escuela en un barrio marginal de Medellín, se cansó del mal trato de su marido y del arduo trabajo emocional con jóvenes, pescó algunas cosas y compró pasaje para Santiago de Chile. Su prima le había hablado maravillas de esta ciudad e insistentemente la encomió para emprender rumbo al sur del mundo. Apenas desciende del avión se desata la pandemia y su prima ahora de manos cruzadas y sin esperanza de mejora le convida un espacio en su pieza. La mujer de la casa que arrienda a regañadientes acepta a Jasmín como una arrendataria más. La sensación de vivir hacinados es muy desagradable, Jasmín llora a escondidas cada vez que usa el baño público de aquella casa en

Estación Central. Ella no estudió para esto, para vivir como rata en una casa maloliente evadiendo las miradas lascivas de hombres que no están a su altura. Jasmín sufre, pero se lo come desolada, se come la rabia que tiene consigo misma, se come la rabia que siente por la vida, por el destino cruel, por el mal ojo que tuvo al casarse con un abusador.

En pleno invierno santiaguino y pandémico, cuando los pesos escasean y el hambre acecha, Jasmín busca consuelo en su teléfono, un smartphone con la pantalla rota y pocas gigas. Alguien logró descifrar la clave del wifi del local que está a los pies de la casa. Borra aplicaciones que ya no le sirven en este nuevo escenario de su vida, limpia archivos, busca espacio para liberar y baja una aplicación para conocer gente. No, no es Tinder, Jasmín no tiene ganas de ligar con nadie, necesita paz y los hombres no la entregan (ni la demandan). Recibe una invitación para conectar, hace tiempo que no practica el inglés que aprendió en la universidad y tratando de recordar de pronto fluye, así como si nada, después de todo no es mucho lo que necesitas para hablar con alguien. Este Joe1976 es especial, se nota por su vocabulario un tipo más culto, también sabe datos y no solo los que aprenden los gringos viendo Narcos, sabe un pelo más que eso. Aunque, se cae feo cuando jura que J Lo es colombiana y más encima, desde su gringuitud, se atreve a insistir, “no, si es colombiana” - decepción para Jasmín. Dejando esto de lado, este Joe viene como caído del cielo, se cuentan todo, sus frustraciones maritales, sus sueños y la parte que más le gusta a Joe, sus deseos. Jasmín entra en trance, la vida se ha vuelto tan miserable para ella, para su prima, para su entorno, que recibir un mensaje de Joe es como destello de sol inesperado. Los chats fluyen, las ideas, los sentimientos, los deseos, el intercambio, las llamadas de video, los llantos, las penurias, los ofrecimientos, los agradecimientos y luego la inseguridad, las explicaciones y la desesperanza nuevamente. Joe, el casado con la señora de aros de perla, que toma injustamente a Jasmín por una suelta sexy, latina, prohibida, es invadido por la culpa, o por lo menos eso le cuenta a Jasmín en su último texto.

Fin de la transmisión. Jasmín mira alrededor, la humedad traspasa las murallas, la ropa huele mal, su cuerpo huele mal, la cuarentena se hace eterna, la plata escasea, la miseria humana está de vuelta, Jasmín se siente suelta, no lo merece, no tiene aros de perla, pero los lleva tallados en sus orejas.